

minotauro

URSULA K. LE GUIN

LA RUEDA
CELESTE



URSULA K. LE GUIN

LA RUEDA CELESTE

minotauro

La rueda celeste
Ursula K. Le Guin
Título original: *The Lathe of Heaven*

© Ursula K. Le Guin, 1971

© renovado, Ursula K. Le Guin, 1999

Publicado por primera vez en la revista *Amazing Stories*

Versión original inglesa publicada originalmente en 2008 por Scribner
Publicado mediante acuerdo con International Editors & Yáñez Co' S.L.
y Ginger Clark Literary, LLC.

© Traducción de Miguel Antón, 2017

Publicación de Editorial Planeta, SA. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona.
Copyright © 2017, 2025 Editorial Planeta, SA, sobre la presente edición.
Reservados todos los derechos.

Diseño de colección e ilustración de cubierta: Opalworks BCN
Fotografía de la autora: © Eileen Gunn

ISBN: 978-84-450-1226-0
Depósito legal: B. 2.578-2022
Printed in EU / Impreso en UE.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible



Inscríbete en nuestra newsletter en: www.edicionesminotauro.com
Facebook/Instagram: @EdicionesMinotauro
X: @minotaurolibros

1

Ambos, Confucio y tú, sois sueños, y yo, quien afirma que lo sois, lo soy también. Esto es una paradoja. Habrá un día en que un hombre sabio será capaz de explicarla; ese día puede que tarde diez mil generaciones en llegar.

CHUANG TSE: II

Llevada por la corriente, sacudida por el oleaje, zarandeada por el océano poderoso, la medusa se desplaza sin rumbo en el abismo. El brillo de la luz la atraviesa, la oscuridad la penetra. Llevada, sacudida, zarandeada desde todas partes a todas partes, puesto que mar adentro no hay más brújula que lo cercano y lo lejano, lo alto y lo bajo, la medusa permanece suspendida, balanceándose. Los latidos se perciben levemente en su interior, rápidos, igual que otros imponentes latidos diurnos golpean el mar, que obedece a su vez al dictamen lunar. Suspendida, oscilante, cadenciosa, el ser más insustancial y vulnerable sólo tiene por defensa la violencia y la fuerza del océano entero, a quien ha confiado su ser, sus idas y venidas, y su voluntad.

Pero he aquí que se alzan los tozudos continentes. Las plataformas de grava y los acantilados de roca donde rompe el agua que alza el vuelo en el aire, seco es-

pacio sideral, terrible, hecho de fulgor e inestabilidad, donde la vida carece de sustento. Y ahora, ahora las corrientes confunden y las olas traicionan, rompiendo su ciclo infinito, para dar brincos de espuma ruidosa contra roca y aire, rompiendo...

¿Qué hará el ser hecho de mar y deriva en la seca arena de la luz diurna? ¿Qué hará la mente, cada mañana, al despertar?

Se había quemado las pestañas, por tanto, no podía cerrar los ojos, y la luz le horadó, lacerante, el cerebro. No pudo volver la cabeza porque los bloques de hormigón lo tenían clavado en el sitio y las varillas de acero que asomaban del interior se la inmovilizaban como en un torno. Cuando desaparecieron, pudo volver a moverse; se incorporó. Estaba en los peldaños de cemento; un diente de león florecía junto a su mano, crecía en una pequeña grieta en la piedra. Al cabo de un rato, se levantó, pero en cuanto estuvo en pie experimentó un fuerte mareo y supo que se debía a los efectos de la radiación. La puerta tan sólo distaba medio metro, porque inflada, la cama hinchable llenaba la mitad de su habitación. Llegó a la puerta, la abrió y la atravesó. Ante él se extendía el interminable pasillo de linóleo que oscilaba levemente arriba y abajo durante kilómetros, y al otro lado, lejos, muy lejos, el servicio de caballeros. Echó a andar hacia allí, intentando apoyarse en la pared, pero no había nada en lo que apoyarse y la puerta se convirtió en suelo.

—Ahora con cuidado. Con mucho cuidado.

El rostro del guardia del ascensor colgaba sobre él como una lámpara de papel, pálido, enmarcado por cabello tirando a cano.

—Es la radiación —dijo, pero Mannie no pareció entenderlo y se limitó a responder:

—Tómeselo con calma.

Estaba de vuelta en la cama de su habitación.

—¿Borracho?

—No.

—¿Drogado?

—Mareado.

—¿Qué ha estado tomando?

—No encontré la adecuada —dijo, refiriéndose a que había intentado cerrar la puerta que franqueaban los sueños sin que ninguna de las llaves encajase en la cerradura.

—Viene un médico que estaba en el piso quince —anunció Mannie, cuya voz quedó ahogada por el estruendo de las olas rompientes.

Le faltaban las palabras mientras intentaba acompañar la respiración. Había un extraño sentado en su cama con una hipodérmica en la mano, mirándolo.

—Solucionado —dijo el extraño—. Ya vuelve en sí. ¿Se siente hecho un trapo? Tómeselo con calma. Se supone que debe sentirse así. ¿Se ha tomado todo esto de golpe? —Le mostró siete de los pequeños sobres de papel de celofán del dispensario automático de medicamentos—. Es una mezcla abominable de barbitúricos y dexedrina. ¿Qué pretendía hacerse a sí mismo?

Le costaba respirar, pero el mareo había desaparecido, dejando únicamente a su paso una espantosa debilidad.

—Caducan esta semana —continuó el médico, un joven con coleta de pelo castaño y una dentadura descuidada—. Eso quiere decir que no todos han salido de su propia tarjeta farmacéutica, así que debo denunciarlo por tomar prestado. No me gusta hacerlo, pero me han lla-

mado y no tengo otra opción. No se preocupe, con esta medicación no hablamos de delito; tan sólo recibirá una citación para presentarse en la comisaría, desde donde lo enviarán a la Facultad de Medicina o a la clínica de la zona para que lo examinen. Seguidamente lo pondrán en manos de un médico o un psicólogo para someterse a un TTV, un tratamiento terapéutico voluntario. Ya le he rellenado el formulario y he utilizado su identificación; lo único que necesito saber es cuánto lleva tomando esta medicación más allá de las dosis que le recetaron.

—Un par de meses.

El médico garabateó en un papel que apoyaba en la rodilla.

—¿Y quién o quiénes le han prestado la tarjeta farmacéutica?

—Amigos míos.

—Debe proporcionarme los nombres.

Al cabo de un rato, el médico dijo:

—Uno, al menos. Aunque sea por cumplir las formalidades. Esto no les traerá problemas. Verá, lo único que recibirán será una reprimenda de la policía, y Control HEW vigilará el uso que hagan de las tarjetas farmacéuticas durante un año. No es más que una mera formalidad. Deme un nombre.

—No puedo. Sólo querían ayudarme.

—Mire, si no va a facilitarme esos nombres, se estará resistiendo, y o bien irá a la cárcel o bien tendrá que someterse a terapia obligatoria en un centro. De todos modos pueden seguir el rastro de las tarjetas a través de los registros de los dispensadores automáticos si se empeñan en hacerlo, así que esto sencillamente les ahorra la molestia. Venga, hombre, deme uno de esos nombres.

Se cubrió el rostro con los brazos para resguardarse de la insoportable luz.

—No puedo. No puedo hacerlo. Necesito ayuda.

—Yo le presté mi tarjeta —declaró el guardia del ascensor—. Sí. Mannie Ahrens, 247-602-6023. —El médico rasgó el papel con el bolígrafo.

—Pero si nunca he usado su tarjeta.

—Es para confundirlos un poco. No lo comprobarán. La gente usa continuamente tarjetas farmacéuticas ajenas; no pueden comprobarlas todas. Yo presto la mía y tomo prestada la de los demás. Continuamente. Tengo una colección de esas reprimendas. Ni se enteran. He tomado cosas que ni siquiera el HEW ha oído mencionar. Es su primera infracción, tómese lo con calma, George.

—No puedo —dijo, refiriéndose a que era incapaz de permitir que Mannie mintiera por él, que no podía impedirle hacerlo, que no podía tomárselo con calma, que no podía seguir adelante.

—Se sentirá mejor dentro de dos o tres horas —dijo el médico—. Pero quédese aquí hoy. De todos modos se ha formado un buen embrollo en el centro: los conductores GPRT se proponen organizar otra huelga, la Guardia Nacional se ha hecho cargo de las líneas de tren y las noticias aseguran que se ha armado la gorda. Usted no se mueva. Yo debo irme, voy andando al trabajo, maldita sea, a diez minutos de aquí, al complejo de viviendas estatales que hay en Macadam. —La cama acusó el momento en que el médico se levantó—. ¿Sabe que hay doscientos sesenta niños sólo en ese complejo aquejados de kwashiorkor? Lo ocupan familias de ingresos bajos o que viven gracias al paquete de ayuda básica, y no comen proteínas. ¿Qué coño se supone que puedo hacer yo al respecto? He cursado cinco solicitudes distintas para que proporcionen a esos niños la ración proteica mínima, pero no hay manera, es un lodazal de papeleo

y de excusas. La gente que vive gracias al paquete de ayuda básica puede permitirse comprar la comida necesaria, me dicen una y otra vez. Claro, pero ¿y si no la encuentran? En fin, a la mierda. Voy, les pongo inyecciones de vitamina C e intento fingir que la hambruna no es más que escorbuto...

Se cerró la puerta. La cama volvió a dar un bote cuando Mannie tomó asiento donde antes se había acomodado el médico. Se extendió un olor débil, dulce, como a hierba recién segada. De la oscuridad de los ojos cerrados, de la niebla que lo cubría todo a su alrededor, la voz de Mannie comentó, distante:

—¿No es cojonudo estar vivo?

2

El portal de Dios es la no existencia.

CHUANG TSE: XXIII

La consulta del doctor William Haber no tenía vistas al monte Hood. Era una *suite* situada en la sexagésima tercera planta de la Willamette East Tower, y no tenía vistas a nada. Pero una de las paredes sin ventanas la ocupaba un enorme mural fotográfico del monte Hood, y era esto lo que miraba el doctor Haber cuando se comunicaba con su recepcionista.

—¿Quién es ese tal Orr que vendrá después, Penny? ¿Es el histérico con síntomas de lepra?

Tan sólo se encontraba a un metro de distancia al otro lado de la pared, pero un sistema de comunicación interna, como un diploma en la pared, inspiraba confianza en el paciente tanto como en el propio doctor. Y no es propio de un psiquiatra abrir la puerta y vocear: «¡Siguiente!».

—No, doctor, ése es el señor Greene, mañana a las diez. Éste es el paciente que nos envía el doctor Walters, de la Facultad de Medicina, un caso de TTV.

—Abuso de medicamentos. De acuerdo. Aquí tengo el historial. Muy bien, pues hágalo pasar cuando llegue.

Estaba hablando cuando oyó el chirrido del ascensor que se detuvo en la planta y el ruido de las puertas al abrirse; le siguió el rumor de unos pasos, el titubeo, el leve gemido de la puerta principal. Ahora que prestaba atención, alcanzó a oír puertas, máquinas de escribir, voces, alguien que tiraba de la cadena del cuarto de baño, todo ello en las oficinas que se distribuían arriba y abajo del pasillo, encima de él y debajo de él. El truco consistía en aprender a no oírlo. Las únicas compartimentaciones sólidas que quedaban estaban dentro de su cabeza.

Penny se encargaba de la rutina de la primera visita con el paciente, y mientras esperaba, el doctor Haber contempló de nuevo el mural y se preguntó cuándo habrían tomado esa fotografía. Cielo azul, nieve desde la falda hasta el pico de la colina. Años atrás, en los sesenta o los setenta, sin duda. El efecto invernadero había sido bastante gradual, y Haber, nacido en 1962, recordaba con claridad los cielos azules de su infancia. Hoy en día, las nieves perpetuas habían desaparecido de las montañas de todo el mundo, incluso en el Everest, incluso el Erebus, insigne en la inmensidad de la costa antártica. Claro que cabía la posibilidad de que hubiesen coloreado una fotografía moderna, falsificando el cielo azul y la cumbre blanca; imposible saberlo.

—¡Buenas tardes, señor Orr! —saludó, levantándose con una sonrisa pero sin tenderle la mano, ya que eran muchos los pacientes que temían el contacto físico.

El paciente retiró inseguro la mano que había estado a punto de tender, manoseó con gesto nervioso el collar, y dijo:

—¿Cómo está? —El collar era la habitual cadena larga de acero bañado en plata. Vestía con normalidad, el atuendo de cualquier oficinista; un corte de pelo clásico a la altura de los hombros, la barba corta.

Pelo claro, igual que los ojos, un tipo de baja estatura y complexión delgada, piel clara, algo mal alimentado, buena salud, entre veintiocho y treinta y dos años. Nada agresivo, calmo, tímido, reprimido, convencional. El periodo más valioso de la relación con un paciente, aseguraba a menudo Haber, era el que transcurría durante los primeros diez segundos.

—Siéntese, señor Orr. ¡Perfecto! ¿Fuma usted? Los de filtro marrón son *tranks*, los blancos *denicks*. —Orr no fumaba—. Y ahora veamos si estamos en sintonía respecto a su situación. Control HEW quiere saber por qué ha estado usted tomando prestadas las tarjetas farmacéuticas de sus amigos para obtener más estimulantes y tranquilizantes en las dispensadoras automáticas de los que tiene asignados, ¿verdad? De modo que lo han enviado a los muchachos de la colina, quienes a su vez han recomendado el llamado tratamiento terapéutico voluntario, y me lo han enviado para llevar a cabo la terapia. ¿Correcto?

Fue consciente de su propio tono afable, desenvuelto, calculado, para tranquilizar a su interlocutor; sin embargo, éste estaba lejos de considerarse sosegado. Pestañeaba a menudo, incluso sentado su postura era tensa, la posición de las manos demasiado formal: imagen clásica del nerviosismo contenido. Asintió como si al mismo tiempo tragara saliva con dificultad.

—Vale, de acuerdo, hasta aquí no hay nada fuera de lo normal. Si hubiese estado acumulando pastillas para vendérselas a adictos o cometer con ellas un asesinato, tendría serios problemas. Pero como únicamente las ha consumido, ¡su castigo no pasa de verse obligado a hacer unas cuantas sesiones conmigo! Por supuesto, lo que quiero saber es por qué las ha estado tomando, para que juntos podamos dar con una pauta mejor para usted

que lo mantenga dentro de los límites de dosificación de su propia tarjeta farmacéutica, para empezar, y quizá, por otra parte, llegar incluso a librarse del menor asomo de dependencia. En fin, en cuanto a su pauta... —Paseó la mirada por el informe remitido por la Facultad de Medicina—. Consistía en tomar barbitúricos durante un par de semanas y pasar durante unas noches a tomar dextroanfetamina, antes de volver a los barbitúricos. ¿Cómo empezó con esta pauta? ¿Insomnio?

—Duermo bien.

—Pero tiene pesadillas.

El hombre levantó la mirada asustado: un destello de puro terror. Prometía ser un caso sencillo. Carecía de defensas.

—Algo así —dijo con voz ronca.

—Fácil suposición para mí, señor Orr. Generalmente, me envían a los soñadores. —Dirigió una sonrisa torcida al hombrecillo—. Soy especialista en sueños. Literalmente. Un onirólogo. El sueño y los sueños son mi campo. De acuerdo, ahora pasaré a la siguiente suposición, que consiste en afirmar que empleó usted el fenobarbital para inhibir los sueños, pero descubrió que con el uso la medicación surtía cada vez menos efecto, hasta que no le sirvió de nada. Algo parecido a lo que le pasó con la dexedrina. Por eso los fue alternando, ¿verdad?

El paciente asintió, tenso.

—¿Por qué siempre el periodo en que tomaba dexedrina era más corto?

—Me volvía asustadizo.

—Claro que sí. Y esa última combinación de dosis que tomó fue extraordinaria. Pero no de por sí peligrosa. Da lo mismo, señor Orr, usted hizo algo muy arriesgado. —Hizo una pausa para que las palabras calaran en el paciente—. Se privaba a sí mismo de los sueños.

El paciente asintió de nuevo.

—¿Intenta usted, señor Orr, privarse de comida y agua? ¿Ha intentado, últimamente, ver cómo se las apaña sin oxígeno?

Mantuvo el tono jovial, y el paciente logró esbozar una sonrisa breve de infelicidad.

—Sabe que necesita dormir. Igual que necesita alimentos y agua y oxígeno. Pero ¿se ha dado cuenta de que no basta con dormir, que su cuerpo insiste con el mismo encono en disfrutar de una parte del sueño que usted sueña? Si se priva sistemáticamente de los sueños, su cerebro obrará con usted de forma extraña. Lo volverá irritable, furibundo, incapaz de concentrarse... ¿Le suena familiar? ¡No sólo era cosa de la dexedrina! Se volverá susceptible de soñar despierto, aumentarán sus tiempos de respuesta, se volverá olvidadizo, irresponsable y proclive a fantasías paranoides. Por último, lo forzaré a soñar, sin importar lo que usted pueda hacer para evitarlo. No tenemos medicación que le impida soñar sin causarle la muerte. Por ejemplo, el alcoholismo extremo puede provocar una condición llamada mielinólisis central pontina, que es mortal; una de sus causas es una lesión en el tronco del encéfalo consecuencia de la falta de sueños. ¡No se debe a que no pueda dormir! Sino a la falta de ese estado tan específico que se produce durante el sueño, el estado del sueño, el sueño REM, el estado d. Bien, usted no es alcohólico, y no está muerto, por tanto sé que sea lo que sea lo que haya podido tomar para inhibir sus sueños, tan sólo ha funcionado de manera parcial. Por tanto, a) tiene una lamentable forma física debida a la privación gradual del sueño, y b) ha estado recorriendo un callejón sin salida. Veamos: ¿qué le ha hecho tomar ese camino? ¿El miedo a los sueños, a las pesadillas, entiendo, o a algo que usted

considera como tales? ¿Podría decirme algo respecto a estos sueños?

Orr titubeó.

Haber abrió la boca, pero volvió a cerrarla. Muy a menudo sabía lo que iban a decir sus pacientes y podía expresarlo mucho mejor que ellos. Pero lo que contaba era que dieran el paso. Él no podía darlo por ellos. Después de todo, toda esa charla era un mero preliminar, un ritual, un vestigio de la época floreciente del análisis; su única función consistía en ayudarlo a decidir cómo debía socorrer a su paciente; si se indicaba un condicionamiento positivo o negativo, y qué debía hacer.

—No creo que tenga más pesadillas que cualquier hijo de vecino —decía Orr, mirándose las manos—. Nada del otro mundo. Tengo miedo a... soñar.

—¿A soñar pesadillas?

—A soñar cualquier cosa.

—Comprendo. ¿Tiene idea de cómo se desató ese miedo? O qué es aquello a lo que teme usted, lo que desea evitar.

Como Orr no respondió de inmediato, sino que permaneció sentado contemplándose las manos de piel rosada, pulcramente dispuestas sobre las rodillas, Haber optó por darle un empujoncito.

—¿Es la irracionalidad, la anarquía, en ocasiones la inmoralidad de los sueños? ¿Se trata de algo que lo incomode?

—Sí, en cierto modo, sí. Pero por un motivo concreto. Verá, aquí... Aquí, yo...

He ahí el quid de la cuestión, la cerradura, pensó Haber, que también le miraba las manos tensas. Pobre desgraciado. Tiene sueños húmedos, y se siente culpable por ello. Enuresis nocturna, una madre compulsiva...

—A partir de aquí dejará de creerme.

El hombrecillo estaba más enfermo de lo que parecía.

—Al hombre que trata los sueños tanto despierto como dormido no le preocupa demasiado creer o no, señor Orr. No son categorías a las que se suela recurrir habitualmente. No se aplican. Así que ignore ese detalle y prosiga. Estoy muy interesado.

¿Había sonado más paternalista de la cuenta? Miró a Orr para comprobar si lo había malinterpretado, y cruzó un instante la mirada con él. Ojos extraordinariamente hermosos, pensó Haber, a quien le sorprendió haber recalado en esa palabra, ya que la belleza tampoco era una categoría a la que soliese recurrir. El iris era azul o gris, muy claro, como transparente. Por un instante, Haber no se contuvo y miró aquellos ojos claros y huidizos; pero sólo un instante, de modo que la extrañeza de aquella experiencia apenas quedó registrada en su mente consciente.

—Bueno —continuó Orr, hablando con cierta determinación—. He tenido sueños que... que han afectado... al mundo de los nosueños. Al mundo real.

—Eso nos pasa a todos, señor Orr.

Éste se lo quedó mirando con los ojos muy abiertos. La honestidad personificada.

—El efecto de los sueños de quienes acaban de despertar del estado d en el nivel general emocional de la psique puede ser...

Pero el hombre honesto lo interrumpió.

—No, no me refería a eso. —Y, tartamudeando un poco, añadió—: Me refería a que soñé algo que se hizo realidad.

—Eso no cuesta tanto de creer, señor Orr. Se lo digo muy en serio. Hasta el auge del pensamiento científico nadie se había sentido inclinado a poner en duda

semejante afirmación, y menos aún a no creer que fuese cierta. Los sueños profé...

—No me refiero a sueños proféticos. No puedo predecir nada. Sencillamente, cambio cosas. —Había crispado las manos tensas en puños. No le extrañó que los jefazos de la Facultad de Medicina lo hubiesen enviado ahí. Siempre enviaban a Haber a los chalados con los que no podían bregar.

—¿Puede ponerme un ejemplo? A ver, ¿sería usted capaz de decirme cuál fue la primera vez que tuvo un sueño de esas características? ¿Qué edad tenía?

El paciente titubeó un buen rato hasta que finalmente dijo:

—Fue a los dieciséis, creo. —Seguía comportándose de forma dócil; aparentaba sentir un temor considerable ante el tema, pero no se mostraba hostil ni se ponía a la defensiva ante las indagaciones de Haber—. No estoy seguro.

—Hábleme de la primera vez de la que esté seguro.

—Fue con diecisiete años. Vivía en casa de mis padres, y la hermana de mi madre pasaba una temporada con nosotros. Se estaba divorciando y no trabajaba, dependía del paquete de ayuda básica. Estaba como en medio de todo. Era un apartamento normal de tres habitaciones, y siempre estaba en medio. Mi madre se subía por las paredes. Me refiero a que tía Ethel no era considerada. Se tiraba horas en el baño, y es que aún teníamos cuarto de baño privado en ese apartamento. Y no dejaba de jugar conmigo. Medio en broma. Entraba en mi cuarto con sólo la parte inferior del pijama puesta, y.... Tenía unos treinta años. Me ponía tenso. Yo entonces no me había echado novia y... bueno, ya sabe: adolescentes. No cuesta mucho calentar a un crío. Yo me sentía molesto. Después de todo era mi tía.